

En fin, lo que es más que todo, parece ser, aunque no estoy muy seguro del cómputo, que entre las reinas que mandaron largo tiempo como absolutas, las más se hallan en las historias celebradas como gobernadoras excelentes. Pero las pobres mujeres son tan infelices, que siempre se alegrarán contra tantos ejemplos ilustres, una Brunequilla, una Fredegunda, las dos Juanas de Nápoles y otras pocas; bien que á las dos primeras les sobró malicia, no les faltó sagacidad.

Ni es en el mundo tan universal, como se piensa, la persuasión de que en la cabeza de la mujer no asienta bien la corona; pues en Meroe, isla que forma el Nilo en la Etiopía, ó península, como quieren los modernos, reinaron, según el testimonio de Plinio, mujeres por muchos siglos. El padre Cornelio à Lapide, tratando de la reina Sabá, que fué una de ellas, piensa que su imperio se extendió mucho fuera del ámbito de Meroe, y comprendió acaso toda la Etiopía; fundado en que Cristo, nuestro bien, llamó á aquella señora *Reina del Austro*, título que suena un vasto dominio hacia aquella plaga. Si bien que, como se puede ver en Tomás Cornelio, no falta autor que asegura ser la isla, ó península, de Meroe mayor que la Gran Bretaña; y así, no era muy corto el estado de aquellas reinas, aunque no saliese del ámbito de Meroe. Aristóteles (1) dice, que entre los lacedemonios tenían gran parte en el gobierno político las mujeres. Esto era conforme á las leyes que les dejó Licurgo.

También en Borneo, isla grande del mar de la India, reinan mujeres, según la relación de Mandelslo, que se halla en el segundo tomo de Oleario, sin gozar sus maridos otra prerogativa que ser sus más calificados vasallos. En la isla *Fermosa*, situada en el mar meridional de la China, es tanta la satisfacción que tienen de la prudente conducta de las mujeres aquellos idólatras, que á ellas únicamente está fiado el ministerio sacerdotal, con todo lo que pertenece á materias de religión, y en lo político gozan un poder en parte superior al de los senadores, como intérpretes de la voluntad de sus deidades.

Sin embargo, la práctica común de las naciones es más conforme á la razón, como correspondiente al divino decreto

(1) Libro II, *Polít.*, capítulo VII.

notificado á nuestra primera madre en el paraíso, donde á ella, y á todas sus hijas en su nombre, se les intimó la sujeción á los hombres. Sólo se debe corregir la impaciencia con que muchas veces llevan los pueblos el gobierno mujeril, cuando, según las leyes, se les debe obedecer; y aquella propasada estimación de nuestro sexo, que tal vez ha preferido para el régimen un niño incapaz á una mujer hecha, en que excedieron tan ridículamente los antiguos persas, que en ocasión de quedar la viuda de uno de sus reyes en cinta, siendo avisados de sus magos que la concepción era varonil, le coronaron á la reina el vientre y proclamaron por rey suyo el feto, dándole el nombre de *Sapor* antes de haber nacido.

VII

Hasta aquí de la prudencia política, contentándonos con bien pocos ejemplos, y dejando muchos. De la prudencia económica es ocioso hablar, cuando todos los días se están viendo casas muy bien gobernadas por las mujeres, y muy desgobernadas por los hombres.

Y pasando á la fortaleza, prenda que los hombres consideran como inseparable de su sexo, yo convendré en que el cielo los mejoró en esta parte en tercio y quinto; mas no en que se les haya dado como mayorazgo ó vínculo indivisible, exento de toda partida con el otro sexo.

No pasó siglo á quien no hayan ennoblecido mujeres valerosas. Y dejando los ejemplos de las heroínas de la Escritura y de las santas mártires de la ley de gracia (porque hazañas donde intervino especial auxilio soberano acreditan el poder divino, no la facultad natural del sexo), ocurren tantas mujeres de heróico valor y esforzada mano, que en tropel se presentan en el teatro de la memoria. Y tras de las *Semíramis*, las *Artemisas*, las *Tomiris*, las *Zenobias*, se parece una *Aretafila*, esposa de Nicotrato, soberano de Cirene, en la Libia; en cuya incomparable generosidad se compitieron el

amor más tierno de la patria, la mayor valentía del espíritu y la más sutil destreza del discurso; pues por librar su patria de la violenta tiranía de su marido, y vengar la muerte que éste, por poseerla, había ejecutado en su primer consorte, haciéndose caudillo de una conspiración, despojó á Nicotrato del reino y la vida. Y habiendo sucedido Leandro, hermano de Nicotrato, en la corona y en la crueldad, tuvo valor y arte para echar también del mundo á este segundo tirano, coronando, en fin, sus ilustres acciones con apartar de sus sienes la corona, que, reconocidos á tantos beneficios, le ofrecieron los de Cirene. Una *Dripetina*, hija del gran Mitridates, compañera inseparable de su padre en tantos arriesgados proyectos, que en todos mostró aquella fuerza de alma y de cuerpo, que desde su infancia había prometido la singularidad de nacer con dos órdenes de dientes; y después de deshecho su padre por el gran Pompeyo, sitiada en un castillo por Manlio Prisco, siendo imposible la defensa, se quitó voluntariamente la vida, por no sufrir la ignominia de esclava. Una *Clelia*, romana, que, siendo prisionera de Porsena, rey de los etruscos, venciendo mil dificultades, se libró de la prisión, y rompiendo con un caballo (otros dicen que con sus brazos propios) las ondas del Tíber, arribó felizmente á Roma. Una *Arria*, mujer de Cecina Peto, que, siendo comprendido su marido en la conspiración de Camilo contra el emperador Claudio, y por este crimen condenado á muerte, resuelta á no sobrevivir á su esposo, después de tentar en vano hacerse pedazos la cabeza contra una muralla, logró, introducida en la prisión de Cecina, exhortarle á que se anticipase con sus manos la ejecución del verdugo, metiéndose ella primero un puñal por el pecho. Una *Epponina*, que con la ocasión de haberse arrogado su marido Julio Sabino, en las Galias, el título de César, toleró con rara constancia indecibles trabajos; y siendo últimamente condenada á muerte por Vespasiano, generosamente le dijo que moría contenta, por no tener el disgusto de ver tan mal emperador colocado en el solio.

Y porque no se piense que estos siglos últimos en mujeres esforzadas son inferiores á los antiguos, ya se presentan armadas una *Doncella de Francia*, columna que sustentó en su mayor aficción aquella vacilante monarquía; y si bien que encontrados en los dictámenes, como en las armas, ingleses

y franceses, aquellos atribuyeron sus hazañas á pacto diabólico, y estos á moción divina, acaso los ingleses fingieron lo primero por odio, y los franceses, que manejaban las cosas, idearon lo segundo por política; que importaba mucho en aquel desmayo grande de pueblos y soldados, para levantar su ánimo abatido, persuadirles que el cielo se había declarado por aliado suyo, introduciendo para este efecto al teatro de Marte una doncella magnánima y despierta, como instrumento proporcionado para un socorro milagroso. Una *Maragarita de Dinamarca*, que en el siglo décimocuarto conquistó por su persona propia el reino de Suecia, haciendo prisionero al rey Alberto, y la llaman la segunda Semíramis los autores de aquel siglo. Una *Marulla*, natural de Lemnos, isla del archipiélago, que en el sitio de la fortaleza de Cochín, puesto por los turcos, viendo muerto á su padre, arrebató su espada y rodela, y convocando con su ejemplo toda la guarnición, en cuya frente se puso, dió con tanto ardor sobre los enemigos, que no sólo rechazó el asalto, mas obligó al bajá Solimán á levantar el sitio; hazaña que premió el general Lorezano de Venecia, cuya era aquella plaza, dándole á escoger para marido cualquiera que ella quisiese de los más ilustres capitanes de su ejército, y ofreciéndole dote competente en nombre de la república. Una *Blanca de Rossi*, mujer de Bautista Porta, capitán paduano, que después de defender valerosamente, puesta sobre el muro, la plaza de Basano, en la Marca Trevisana, siendo luégo cogida la plaza por traición, y preso y muerto su marido por el tirano Ecelino, no teniendo otro arbitrio para resistir los ímpetus brutales de este furioso, enamorado de su belleza, se arrojó por una ventana; pero después de curada y convalecida, acaso contra su intención, del golpe, padeciendo debajo de la opresión de aquel bárbaro el oprobio de la fuerza, satisfizo la amargura de su dolor y la constancia de su fe conyugal, quitándose la vida en el mismo sepulcro de su marido, que para este efecto había abierto (1). Una *Bonna*, paisana humilde de la Valtelina, á quien encontró en una marcha suya Pedro Brunoro, famo-

(1) En las mujeres que se mataron á sí mismas, no se propone esta resolución como ejemplo de virtud, sino como exceso vicioso de la fortaleza, que es lo que basta para el intento.

so capitán parmesano, en edad corta, guardando ovejas en el campo, y prendado de su intrépida viveza, la llevó consigo para cómplice de su incontinencia; pero ella se hizo también partícipe de su gloria, porque después de fenecer la vida deshonesta con la santidad del matrimonio, no sólo como soldado particular peleó ferozmente en cuantos encuentros se ofrecieron, pero vino á ser tan inteligente en el arte militar, que algunas empresas se fiaron á su conducta, especialmente la conquista del castillo de Pavono, á favor de Francisco Esforcia, duque de Milán, contra venecianos, donde, en medio de hacer el oficio de caudillo, pereció en las primeras filas al asalto. Una *María Pita*, heroína gallega, que en el sitio puesto por los ingleses á la Coruña, el año de 1589, estando ya los enemigos alojados en la brecha y la guarnición dispuesta á capitular, después que, con ardiente, aunque vulgar facundia, exprobió á los nuestros su cobardía, arrancando espada y rodela de las manos de un soldado, y clamando que quien tuviese honra la siguiese, encendida en coraje, se arrojó á la brecha, de cuyo fuego marcial, saltando chispas á los corazones de los soldados y vecinos, que prendieron en la pólvora del honor, con tanto ímpetu cerraron todos sobre los enemigos, que con la muerte de mil y quinientos (entre ellos un hermano del general de tierra, Enrique Noris), los obligaron á levantar el sitio. Felipe II premió el valor de la Pita, dándole por los días de su vida grado y sueldo de alférez vivo; y Felipe III perpetuó en sus descendientes el grado y sueldo de alférez reformado. Una *María de Estrada*, consorte de Pedro Sánchez Farfán, soldado de Hernán Cortés, digna de muy singular memoria por sus muchas y raras hazañas, que refiere el padre fray Juan de Torquemada en su primer tomo de la *Monarquía indiana*. Tratando de la luctuosa salida que hizo Cortés de Méjico, después de muerto Motezuma, dice de ella lo siguiente: *Mostróse muy valerosa en este aprieto y conflicto María de Estrada, la cual, con una espada y una rodela en las manos, hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos con tanto coraje y ánimo, como si fuera uno de los más valientes hombres del mundo, olvidada de que era mujer, y revestida del valor que en caso semejante suelen tener los hombres de valor y honra. Y fueron tantas las maravillas y cosas que hizo, que puso en espanto y asombro á cuantos la mi-*

raban. Refiriendo en el capítulo siguiente la batalla que se dió entre españoles y mejicanos en el valle de Otumpa (ó Otumba, como la llama don Antonio de Solís), repite la memoria de esta ilustre mujer con las palabras que se siguen: *En esta batalla, dice Diego Muñoz Camargo, en su Memorial de Tlaxcala, que María de Estrada peleó á caballo y con una lanza en la mano, tan varonilmente como si fuera uno de los más valientes hombres del ejército, y aventajándose á muchos*. No dice el autor de dónde era natural esta heroína, pero el apellido persuade que era asturiana. Una *Ana de Baux*, gallarda flamenca, natural de una aldea cerca de Lila, que sólo con el motivo de guardar su honor de los insultos militares en las guerras del último siglo, escondiendo su sexo con los hábitos del nuestro, se dió al ejercicio de la guerra, en que sirvió mucho tiempo y en muchos lances con gran valor, de modo que arribó á la tenencia de una compañía; y siendo, después de hecha prisionera por franceses, descubierto ya su sexo, el mariscal de Seneterre le ofreció una compañía en el servicio de Francia; lo que ella no admitió, por no militar contra su príncipe; y volviendo á su patria, se hizo religiosa.

El no haber nombrado hasta ahora las amazonas, siendo tan del intento, fué con el motivo de hablar de ellas separadamente. Algunos autores niegan su existencia, contra muchos más, que la afirman. Lo que podemos conceder es, que se ha mezclado en la historia de las amazonas mucho de fábula, como es, el que mataban todos los hijos varones; que vivían totalmente separadas del otro sexo, y sólo le buscaban para fecundarse una vez en el año. Y del mismo jaez serán sus encuentros con Hércules y Teseo, el socorro de la feroz Pentesilea á la afligida Troya, como acaso también la visita de su reina Talestris á Alejandro; pero no puede negarse sin temeridad, contra la fe de tantos escritores antiguos, que hubo un cuerpo formidable de mujeres belicosas en la Asia, á quienes se dió el nombre de amazonas.

Y en caso que también esto se niegue, por las amazonas que nos quitan en la Asia, para gloria de las mujeres parecerán amazonas en las otras tres partes del mundo, América, África y Europa. En la América las descubrieron los españoles, costeando armadas el mayor río del mundo, que es el Marañón, á quien por esto dieron el nombre que hoy conser-

va de río de las Amazonas. En la África las hay en una provincia del imperio del Monomotapa, y se dice que son los mejores soldados que tiene aquel príncipe en todas sus tierras, aunque no falta geógrafo que hace estado aparte del país que habitan estas mujeres guerreras.

En Europa, aunque no hay país donde las mujeres de intento profesasen la milicia, podremos dar el nombre de amazonas á aquellas que en una ú otra ocasión con escuadrón formado triunfaron de los enemigos de su patria. Tales fueron las francesas de Belovaco ó Beauvais, que siendo aquella ciudad sitiada por los borgoñones, el año de 1472, juntándose debajo de la conducta de Juana Hacheta, el día del asalto rechazaron vigorosamente los enemigos, habiendo precipitado su capitana la Hacheta de la muralla al primero que arboló el estandarte sobre ella. En memoria de esta hazaña se hace aún hoy fiesta anual en aquella ciudad, gozando las mujeres el singular privilegio de ir en la procesión delante de los hombres. Tales fueron las habitadoras de las islas *Echinadas*, hoy llamadas *Cur-Solares*, célebres por la victoria de Lepanto, ganada en el mar de estas islas. El año antecedente á esta famosa batalla, habiendo atacado los turcos la principal de ellas, tal fué el terror del gobernador veneciano Antonio Balbo y de todos los habitantes, que tomaron de noche la fuga, quedando dentro las mujeres resueltas, á persuasión de un sacerdote llamado Antonio Rosoneo, á defender la plaza, como de hecho la defendieron con grande honor de su sexo y igual oprobio del nuestro.

VIII

Resta en esta memoria de mujeres magnánimas decir algo sobre un capítulo en que los hombres más acusan á las mujeres, y en que hallan más ocasionada su flaqueza, ó más defectuosa su constancia, que es la observancia del secreto. Catón el Censor no admitía en esta parte excepción alguna, y con-

denaba por uno de los mayores errores del hombre fiar secreto á cualquiera mujer que fuese; pero á Catón le desmintió su propia tataranieta *Porcia*, hija de Catón el menor y mujer de Marco Bruto, la cual obligó á su marido á fiarle el gran secreto de la conjuración contra César, con la extraordinaria prueba que le dió de su valor y constancia, en la alta herida que voluntariamente, para este efecto, con un cuchillo se hizo en el muslo.

Plinio dice, en nombre de los magos, que el corazón de cierta ave aplicada al pecho de una mujer dormida, la hace revelar todos sus secretos. Lo mismo dice, en otra parte, de la lengua de cierta sabandija. No deben de ser tan fáciles las mujeres en franquear el pecho, cuando la mágica anda buscando por los escondrijos de la naturaleza llaves con que abrirles las puertas del corazón; pero nos reímos con el mismo Plinio de esas invenciones, y concedemos que hay pocas mujeres observantes del secreto. Mas á vueltas de esto, nos confesarán asimismo los políticos más expertos, que también son rarísimos los hombres á quienes se puedan fiar secretos de importancia. Á la verdad, si no fueran rarísimas estas alhajas, no las estimaran tanto los príncipes, que apenas tienen otras tan apreciables entre sus más ricos muebles.

Ni les faltan á las mujeres ejemplos de invencible constancia en la custodia del secreto. Pitágoras, estando cercano á la muerte, entregó sus escritos todos, donde se contenían los más recónditos misterios de su filosofía, á la sabia *Damo*, hija suya, con orden de no publicarlos jamás, lo que ella tan puntualmente obedeció, que, aun viéndose reducida á suma pobreza, y pudiendo vender aquellos libros por gran suma de dinero, quiso más ser fiel á la confianza de su padre, que salir de las angustias de pobre.

La magnánima *Aretafila*, de quien ya se hizo mención arriba, habiendo querido quitar la vida á su esposo Nicocrates con una bebida ponzoñosa, antes que lo intentase por medio de conjuración armada, fué sorprendida en el designio; y puesta en los tormentos para que declarase todo lo que restaba saber, estuvo tan lejos de embargarle la fuerza del dolor el dominio de su corazón y el uso de su discurso, que entre los rigores del suplicio, no sólo no declaró su intento, mas tuvo habilidad para persuadirle al tirano que la poción pre-

parada era un filtro amatorio, dispuesto á fin de encenderle más en su cariño. De hecho, esta ficción ingeniosa tuvo eficacia de filtro, porque Nicócrates la amó después mucho más, satisfecho de que quien solicitaba en él excesivos ardores, no podía menos de quererle con grandes ansias.

En la conjuración movida por Aristogitón contra Hippias, tirano de Atenas, que empezó por la muerte de Hipparco, hermano de Hippias, fué puesta á la tortura una mujer cortésana sabedora de los cómplices, la cual, para desengañar prontamente al tirano de la imposibilidad de sacarla el secreto, se cortó con los dientes la lengua en su presencia.

En la conspiración de Pisón contra Nerón, habiendo, desde que aparecieron los primeros indicios, cedido á la fuerza de los tormentos los más ilustres hombres de Roma, donde Lucano descubrió por cómplice á su propia madre, otros á sus más íntimos amigos, solamente á *Epicharis*, mujer ordinaria y sabedora de todo, ni los azotes, ni el fuego, ni otros martirios, pudieron arrancar del pecho la menor noticia.

Y yo conocí alguna que, examinada en el potro sobre un delito atroz, que habían cometido sus amos, resistió las pruebas de aquel riguroso examen, no por salvarse á sí, si sólo por salvar á sus dueños; pues á ella le había tocado tan pequeña parte en la culpa, ya por ignorar la gravedad de ella, ya por ser mandada, ya por otras circunstancias, que no podía aplicársele pena que equivaliese, ni con mucho, al rigor de la tortura.

Pero de mujeres, á quienes no pudo exprimir el pecho la fuerza de los cordeles, son infinitos los ejemplares. Oí decir á persona que había asistido en semejantes actos, que siendo muchas las que confiesan al querer desnudarlas para la ejecución, rarísima, después de pasar este martirio de su pudor, se rinde á la violencia del cordel. ¡Grande excelencia verdaderamente del sexo, que las obligue más su pudor propio que toda la fuerza de un verdugo!

No dudo que parecerá á algunos algo lisonjero este paralelo que hago entre mujeres y hombres; pero yo reconvendré á éstos con que Séneca, cuyo estoicismo no se ahorró con nadie, y cuya severidad se puso bien lejos de toda sospecha de adulación, hizo comparación no menos ventajosa á favor de las mujeres; pues las constituye absolutamente iguales con

los hombres en todas las disposiciones ó facultades naturales apreciables. Tales son sus palabras: *Quis autem dicat naturam malignè cum mulieribus ingeniis egisse, et virtutes illarum in arctum retraxisse? Par illis mihi crede, vigor, par ad honestà (libeat) facultas est. Laborem, doloremque ex æquo si consuevere patiuntur* (1).

IX

Llegamos ya al batidero mayor, que es la cuestión del entendimiento, en la cual yo confieso que, si no me vale la razón, no tengo mucho recurso á la autoridad; porque los autores que tocan esta materia (salvo uno ú otro muy raro) están tan á favor de la opinión del vulgo, que casi uniformes hablan del entendimiento de las mujeres con desprecio.

Á la verdad, bien pudiera responderse á la autoridad de los más de esos libros, con el apólogo que á otro propósito trae el siciliano Carducio en sus diálogos sobre la pintura. Yendo de camino un hombre y un león, se les ofreció disputar quiénes eran más valientes, si los hombres, si los leones: cada uno daba la ventaja á su especie, hasta que llegando á una fuente de muy buena estructura, advirtió el hombre que en la coronación estaba figurado en mármol un hombre haciendo pedazos á un león. Vuelto entonces á su competidor en tono de vencedor, como quien había hallado contra él un argumento concluyente, le dijo: «Acabarás ya de desengañarte de que los hombres son más valientes que los leones, pues allí ves gemir oprimido y rendir la vida de un león debajo de los brazos de un hombre.—Bello argumento me traes, respondió sonriéndose el león. Esa estatua otro hombre la hizo; y así, no es mucho que la formase como le estaba bien á su especie. Yo te prometo, que si un león la hubiera hecho, él hubiera

(1) *In Consol. ad Marciam.*

vuelto la tortilla, y plantado el león sobre el hombre, haciendo gigote de él para su plato.»

Al caso: hombres fueron los que escribieron esos libros, en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mujeres. Si mujeres los hubieran escrito, nosotros quedaríamos debajo. Y no faltó alguna que lo hizo, pues *Lucrecia Marinella*, docta veneciana, entre otras obras que compuso, una fué un libro con este título: *Excelencia de las mujeres, cotejada con los defectos y vicios de los hombres*, donde todo el asunto fué probar la preferencia de su sexo al nuestro. El sabio jesuita Juan de Cartagena dice, que vió y leyó este libro con grande placer en Roma, y yo le vi también en la Biblioteca Real de Madrid. Lo cierto es, que ni ellas ni nosotros podemos en este pleito ser jueces, porque somos partes; y así, se había de fiar la sentencia á los ángeles, que, como no tienen sexo, son indiferentes.

Y lo primero, aquellos que ponen tan abajo el entendimiento de las mujeres, que casi le dejan en puro instinto, son indignos de admitirse á la disputa. Tales son los que asientan que á lo más que puede subir la capacidad de una mujer, es á gobernar un gallinero.

Tal aquel prelado, citado por don Francisco Manuel, en su *Carta y guía de casados*, que decía que la mujer que más sabe, sabe ordenar un arca de ropa blanca. Sean norabuena respetables por otros títulos los que profieren semejantes sentencias; no lo serán por estos dichos, pues la más benigna interpretación que admiten es la de recibirse como hipérboles chistosos. Es notoriedad de hecho que hubo mujeres que supieron gobernar y ordenar comunidades religiosas, y aun mujeres que supieron gobernar y ordenar repúblicas enteras.

Estos discursos contra las mujeres son de hombres superficiales. Ven que por lo común no saben sino aquellos oficios caseros á que están destinadas, y de aquí infieren (aun sin saber que lo infieren de aquí, pues no hacen sobre ello algún acto reflejo) que no son capaces de otra cosa. El más corto lógico sabe que de la carencia del acto á la carencia de la potencia no vale la ilación; y así, de que las mujeres no sepan más, no se infiere que no tengan talento para más.

Nadie sabe más que aquella facultad que estudia, sin que de aquí se pueda colegir, sino bárbaramente, que la habilidad

no se extiende á más que la aplicación. Si todos los hombres se dedicasen á la agricultura (como pretendía el insigne Tomás Moro en su *Utopia*), de modo que no supiesen otra cosa, ¿sería esto fundamento para discurrir que no son los hombres hábiles para otra cosa? Entre los drusos, pueblos de la Palestina, son las mujeres las únicas depositarias de las letras, pues casi todas saben leer y escribir; y en fin, lo poco ó mucho que hay de literatura en aquella gente, está archivado en los entendimientos de las mujeres, y oculto del todo á los hombres, los cuales sólo se dedican á la agricultura, á la guerra y á la negociación. Si en todo el mundo hubiera la misma costumbre, tendrían sin duda las mujeres á los hombres por inhábiles para las letras, como hoy juzgan los hombres ser inhábiles las mujeres. Y como aquel juicio sería sin duda errado, lo es del mismo modo el que ahora se hace, pues procede sobre el mismo fundamento (1).

(1) No termina aquí este discurso, pero aquí lo damos por terminado, pues restante de él no es de mucho tan interesante. (N de los E.)

